

Taller crítico

Ana Teresa Torres exploradora del alma

R.J. LOVERA DE SOLA

Nuestra celebrada narradora Ana Teresa Torres es uno de los pocos escritores venezolanos de estos días quien ha logrado obtener un especial eco con sus ficciones. Ha vertebrado un público que la sigue y agota sus novelas. Ello la convirtió en uno de los cinco autores más vendidos durante el año pasado por la editorial Monte Avila, impresora de sus libros (ver *El Diario de Caracas*: Enero 9, 1993).

Psicólogo profesional Ana Teresa Torres ha dado a conocer hace poco dos trabajos en el campo de su especialidad académica. Nos referimos a su libro *Elegir la neurosis*. (Caracas: Ed. Psicoanalítica/Vadell Hermanos, 1992. 151 p.) y a su estudio *La mujer y la perversión* (En varios autores: *Las perversiones en la práctica psicoanalítica*. Caracas: Ed. Psicoanalítica/Vadell Hermanos, 1992. p.53-92).

Creemos que tanto *Elegir...* como *La mujer...* será lectura que interesará a todos aquellos a quienes apasionan, o interesan, los vericuetos de la conducta humana. Trabajos densos son estos que nos ofrece esta autora. En todos ellos si bien es evidente que son producto de densos estudios también son consecuencia de numerosas reflexiones. Así en ellos se imbrican con certeza la teoría psicoanalítica - que es la que sustenta su labor- la práctica de la psicoterapia y la meditación sobre sus tópicos. Todo ello se auna para hacer de estos análisis obras de especial consistencia.

En *Elegir...* Ana Teresa Torres recoge tres series de estudios: uno inicial, el más amplio, sobre la neurosis; un examen, en la segunda parte, en torno a la noción de trauma según la presentan en sus escritos Sigmund Freud (1856-1939) y Melanie Klein (1882-1960). Se cierra este

volumen con unos textos en los cuales la autora reflexiona sobre el oficio de psicoterapeuta.

Así en las páginas finales de *Elegir...* hallamos lo que a nuestro entender son las ideas- ejes que esta exploradora del alma humana sigue tanto en su praxis analítica como en sus observaciones teóricas. Para ella el acto de atender a otros tiene normas de acción (p.128). Mediante ellas ofrece al paciente: tiempo para escucharlo y palabras a través de las cuales "encuentra la aguja en el pajar, para que el analizado recomience a coser su vida" (p.135). Y esto, lo hace mientras ofrece a quien la consulta su compañía, su silencio (p.132), e incluso, a veces, puede tornarse en espejo donde el psicoanalizado pueda mirarse (p.134). Es de este modo que lo ayuda a salir de los interrogantes de su neurosis" (p.142). Pero una vez iluminado el laberinto de su psiquis no debe retenerlo junto a sí sino dejarlo irse en el momento apropiado (p.146).

Teniendo cuidado que, a través de su incursión intelectual, el psicoanálisis no pierda su coherencia (p.11) Ana Teresa Torres se interna por los prelios de la neurosis. En su examen se detiene en sus tópicos: el narcisismo, el complejo de Edipo, indaga en torno a las relaciones de la neurosis con la perversión y con la psicosis, se detiene ante la histeria y la neurosis obsesiva.

Análisis hondo es el que nos presenta. Dentro de las etapas de este libro son especialmente iluminadoras para nuestro gusto sus dilucidaciones en torno a la castración y el Super-Yo. También son especialmente destacables sus precisiones en torno a la histeria. De sus análisis surgen una serie de derivaciones contemporáneas de este fenómeno psíquico las cuales son sumamente esclarece-



doras.

Por su parte en *La mujer...* nos ofrece una visión de la mujer y de lo femenino en la cual si bien parte, y se encuentra, en el psicoanálisis (p.84-85), reconociendo sus especiales contribuciones a la comprensión del alma femenina, toma en cuenta todo lo adquirido por nuestro tiempo gracias al discurso feminista. Resultan así complementarios ambos. Abren así estas reflexiones un amplio espacio para el entendimiento de la mujer y de lo femenino. Y aunque en el trabajo que comentamos Ana Teresa examina las perversiones también podemos vislumbrar su otro lado: la consideración de la sexualidad femenina (p.71 y 81), el deseo sexual de la mujer, comúnmente confundido, según asienta, con la prostitución, la cual es su negación. De allí que escriba que tal pensamiento "muestra la dificultad del hombre por nombrar el deseo de la mujer, que inmediatamente es connotado de prostitución, aunque paradójicamente es lo más opuesto, ya que la pros-

tituta no desea al hombre sino uno de sus emblemas: "el dinero" (p.83-84). De allí que páginas más adelante subraye "Prostituta es el insulto dirigido a la mujer, la palabra que marca la mayor ofensa que recibe, cuando el discurso social condena su conducta, o su deseo" (p.91).

A lo largo de sus indagaciones Ana Teresa Torres urge en la necesidad de resolver "las disociaciones de la vida erótica de la mujer" (p.87) para evitar que asuma las del hombre; señala que ya la mujer por antonomasia no es solamente la madre (p.88), ni solamente es el matrimonio la única institución que concede respetabilidad a la mujer (p.88), ya que "En todo caso, la madre habla, la madre está en el discurso, tiene un espacio social. Es la mujer la que no habla, la que no tiene un significativo, y es su deseo lo que queda por ver" (p.90).

Se encuentran también en *La mujer...* inusuales reflexiones sobre el lesbianismo (p.77), apuntes sobre el exhibicionismo sexual, la prostitución y la porno-

grafía (p.79 y 91) las cuales deben entenderse de la misma forma que las anotaciones de Ana Teresa Torres en torno a la organización sexual (p.83) de nuestro mundo occidental o su deseo de que se constituye una cultura heterosexual, la cual sería aquella en la cual se ponga en acción "la vinculación social entre sujetos de uno y otro sexo, lo cual implicaría, en primer lugar, que no se trata del poderío de un sexo sobre otro, y en segundo lugar, la posibilidad de una vinculación en la cual el espacio social creara una cultura común para articular las diferencias de los sexos, que ha sido históricamente, más que una articulación, una división" (p.82).

Pero si bien lo contenido en *Elegir...* o *La mujer...* está marcado por la rigurosidad científica más de una vez la creadora que hay en Ana Teresa Torres aparece campeando.

Ello lo observamos en algunos pasajes.

Tal cuando define el placer "es siempre un resto, fragmentario, puntual, y que no promete el absoluto" (*Elegir...*, p.25); cuando invoca el poder de las palabras las cuales "pueden tener a veces una gran fuerza, son capaces de mover montañas" (*Elegir...*, p.143); cuando apunta "La madurez es un término que tiene que ver con la experiencia, la serenidad, el dominio de las situaciones y con el juicio o prudencia que se atribuye a la plenitud vital". (*Las perversiones...*, p.72); o cuando señala sobre quien se enamora "es exigente el sujeto porque quiere ser amado a pesar de todo, encontrarse ahora reflejado, no en el espejo de la mirada, sino en el eco de las palabras del otro... y para ello está dispuesto a los mayores sacrificios pero no está dispuesto a renunciar al amor" (*Elegir...*, p.28).